

**JEANNETTE L. CLARIOND<sup>1</sup>**

**J**esús: estoy arrodillada ante tu cuerpo desnudo para pedirte que bajes y no sea eterno mi dolor. Por tu rostro inclinado sé que sabrás escucharme y adivinarás mi angustia, ese lago de mil olas devorando mis vísceras. Así entro en tu llaga, así entro en tu canto que es un grito, el rojo clamor de la malvasía. Cuando miro tu rostro me aflige hablar de estas pequeñas cosas que son nada comparadas con el dolor que corona tu frente. Aun así, creo que tú mejor que nadie sabrás oírme en este inmenso abandono que me habita desde niña, porque los niños, a quienes has hecho libres y a quienes has abierto las puertas de tu Reino, nacen sin amor.

Hemos llegado al mundo bajo el confuso amor de los padres terrenos.

\*

Querría entregar mi cuerpo como has entregado el tuyo para una causa mayor. Pero es flaca la carne y débil este espíritu mío. No habría podido mover esa piedra que yacía sobre tu cuerpo y que sólo

<sup>1</sup> Poeta, traductora, investigadora y promotora cultural. Ha publicado, entre otras obras, los poemarios *Desierta memoria* (1996), *Todo antes de la noche* (2003), *Leve sangre* (2011) y *Cuaderno de Chihuahua* (2014). Traducida a varios idiomas, Clariond ha sido galardonada con el Premio Nacional de Poesía Efraín Huerta, y el Ramón López Velarde. Sus traducciones han merecido reconocimientos como el Rockefeller-CONACULTA, el Premio a la mejor traducción de NY Book Fair, la Beca para traductores Banff Center for the Arts y la Beca Vermont Studio Center. El presente aporte es muestra de los poemas que conforman *Ante un cuerpo desnudo* de próxima publicación.

---

Magdalena supo descifrar, pues vio en tus ojos, oh profeta de las palmas, que todo cambia cuando miras.

Eres el dolor de ser mundo.

\*

Cada tarde al acercarme a esta cruz que te sostiene me doy cuenta de que la desnudez nada tiene que ver con atavíos; la desnudez es el bosque por donde entro en tu lenguaje, ese dialecto de dos seres oscuros que en secreto se hablan, pues saben que las palabras exentas de amor hieren más que una daga. Es el canto del escribano que ansía decirlo todo sin tregua, como si la expresión del dolor pudiese extirparse de tajo. Yo te pregunto: ¿acaso hay pausa para la expiación del ave que vuela huyendo de su propia sombra? La sombra que hiende la desnudez son nidos del otoño que en tu destierro poblaron los pájaros.

\*

Querría saber cómo fue posible que una lanza atravesara tu costado, un amandava abrigando la soledad del mundo. ¿Cómo, si la noche presagiaba resplandor? Desde aquel día santo no ha dejado de escurrir tu dolor sobre mi piel. He intentado ir a otro cuerpo, besarlo como se besa una peonía, recorrer con las manos cada costilla hasta aliviar mi sed, pero no he podido, no he podido mirar con estos ojos otro cuerpo desde aquella noche en que te acaricié y mi boca pronunció por primera vez tu nombre. Pude palpar cómo las estrellas se desparramaban sobre nuestros cuerpos con sólo balbucir la desnudez.